

CAPÍTULO X

El colegio de Cali. — Lo que fué y lo que es. — Misiones del Chocó. — Beneficencia de un religioso. — El Caquetá. — Memorias del P. Lainez. — Jesuitas antiguos y jesuitas modernos. — Misiones de Casanare. — Misa en Totoró. — Cordillera de Huanacas. — Los Tambos de Inzá. — Una observacion hecha en Patico.

El deber es quien me obliga á detenerme sobre ruinas y mi entendimiento quien lee en tantos restos solitarios y sombríos la historia de mil desgracias que divisa esparcidas en la infinita extension del Nuevo Mundo. Lloro el hijo sobre la tumba de sus padres y nadie condena sus lágrimas que la naturaleza consagra; tambien lloraré yo sobre las ruinas, pero sobre ruinas sagradas que la religion lamenta y que revelan las desgracias infinitas que pesan sobre la mayoría de los habitantes de la América. ¡Honda, Leiva, Mompos y Cartagena! ¡claustros solitarios, poblados hace un siglo por los apóstoles del Occidente, reveladnos los secretos de virtud, los milagros de celo y de fervor que ocultasteis un dia en vuestro seno! ¡Sombras queridas de Luis Ber-

trand, Pedro Claver y Juan del Castillo, hablad! y que vuestra voz de trueno que combatió la impiedad, instruyó la ignorancia y desterró el vicio, conmueva y revuelva los caídos muros de modo que todos vean los tesoros que allí encerrabais para derramarlos sobre la tierra. Jamas se conoce mejor la extension de los males que pesan sobre los pueblos de América y empeoran su condicion moral, como cuando el entendimiento se fija en tantos escombros como los que por todas partes se encuentran de colegios, conventos, residencias y hospicios que existieron y ya no existen. No es el edificio mas ó ménos suntuoso que vemos arruinado lo que lamentamos, ni son el templo, sus decoraciones, y relieves primorosos que miramos desplomados, rotos ó próximos á caer lo que arranca á nuestra alma íntimos suspiros, no por cierto; todo eso no significa mas que el recuerdo de otros bienes que esos lugares encerraban y que los hombres que alzaron esos muros y consagraron esos templos estaban llamados á causar en el seno de la sociedad. No hay rasgos tan hermosos, ni tan patéticos como los que contienen las crónicas de estos institutos venerandos, y el hombre de corazon que leyéndolas alguna vez sintió palpitar la sangre en sus venas, viendo destruidos los lugares que fueron el asilo de los justos que edificaron los pueblos con su virtud, de los maestros que enseñaron con su doctrina y de los sacerdotes que convirtieron con su celo, levanta su queja hasta el cielo y pide á Dios la justicia que les negaron los hombres en la tierra. ¡Acababa de lamentar la ruina de los institutos religiosos de Popayan y se me ofrecia Cali con su

colegio de franciscanos despoblado y casi moribundo! Medio siglo atras, una comunidad numerosa proveia de sacerdotes las misiones del Chocó; los pueblos que alli existen obras fueron del fervor de aquellos misioneros que, luchando con la muerte que veían á cada paso delante de sus ojos, penetraron las selvas, ahuyentaron las fieras, vadearon los rios y, congregando á los rudos y supersticiosos habitantes de aquellas regiones, echaron los cimientos de los pueblos y de las ciudades que son hoy otros tantos centros de civilizacion y de comercio. Mil y mil murieron víctimas de su celo bajo un clima mortifero; mil y mil perecieron perdidos en las selvas donde ningun cristiano habia penetrado hasta entonces, y mil mas sucumbieron tambien derramando su sangre como prueba de su amor al prójimo. Pero tantos hombres sacrificados por la salvacion de los demas, no fueron la causa que dejó vacío el semillero que los formaba, ni tantas víctimas contribuyeron á inspirar temor en los que habian de sucederles en el ejercicio del apostolado. Las causas que produjeron su decadencia fueron diferentes; la revolucion, que ocupó sus temporalidades, que impidió la admision de individuos en su noviciado y que obligó á los religiosos á abandonar sus misiones, no teniendo sujetos que las desempeñasen, fué la primera y la mas principal.

Considerando lo que fué aquel colegio en los tiempos de su prosperidad y lo que es hoy, decaido y debilitado por falta de individuos que cooperen á los trabajos que está llamado á desempeñar, se concibe bien el vacío grandísimo que deja su falta de accion vigorosa

y constante. Las misiones de Chocó empleaban un número crecido de religiosos que se cambiaban de tiempo en tiempo; fuera de estos, otros sacerdotes discurrían por las parroquias de toda la provincia del Cauca predicando á los fieles la ciencia de la salvacion eterna, y otros, en fin, permanecían en el colegio observando rigurosamente la disciplina conventual, haciendo escuela á los jóvenes novicios é instruyendo á los clérigos que aspiraban á recibir la unción sacerdotal. Hoy no pueden extender de esa manera su accion; á la observancia religiosa y á los ministerios conventuales añaden solamente la predicacion en algunos pueblos; ¡cuántos objetos quedan sin poder ser atendidos por falta de individuos!

Una serie de religiosos memorables por su virtud acrisolada y por su beneficencia á todas luces grande, concilió al colegio de Cali el respeto profundo de todos los que saben apreciar el mérito de los individuos. La revolucion no cortó esa crónica venerable, pues que entre sus furores la Providencia suscitó un hombre que aplacó las venganzas de los enemigos irritados, medió entre los que combatían á muerte, desarmó á los contrarios mas implacables de la religion y libertó á los templos de profanaciones que sin sus ruegos les habrían inferido. Empero, no paraba aquí la beneficencia del P. Ortiz: construyó, procurándose auxilios, la iglesia de su convento, el templo parroquial, un grandioso puente sobre el rio que baña la ciudad y otras mil obras insignes que recordarán perpetuamente su beneficencia á los habitantes del Cauca,

La Nueva Granada presenció en nuestros días uno de esos rasgos de valor apostólico que en un siglo frío y egoísta se hace admirar tanto más. Las montañas del Caquetá, ese bosque eterno cuya extensión nadie conoce, sintió conmoverse los ramos de sus árboles para abrir paso á los sacerdotes católicos que lo penetraban buscando á los indígenas que un siglo ántes habían sido visitados por los PP. de la Compañía. Los que ahora entraban eran también dos jesuitas, y uno de ellos muy distinguido por sus luces, pero mucho más por su celo y valor sacerdotal. Se propusieron atravesar la gran montaña y salir á los valles que riega el río Caquetá, lo que consiguieron efectivamente, y llegados á las numerosas poblaciones de indígenas pudieron, no sin grandes obstáculos que vencer, principiar el ejercicio de su apostolado con fruto copioso para la religión y para los nuevos convertidos á la fe cristiana. El P. Lainez volvió algunos meses después á Bogotá á fin de proveerse de recursos que le eran indispensables para continuar su apostolado; trajo consigo algunos de sus neófitos, y después de una corta permanencia volvió á Caquetá. Sin más provisiones que las muy necesarias para sustentarse con sus neófitos, penetró dentro de la montaña; pero, sin otro guía que el sol, erró el camino y quedó perdido en aquella selva infinita. Los neófitos, cuando advirtieron que Lainez había extraviado su ruta, se llenaron de aflicción, y algunos le abandonaron para tomar la que á ellos pareció más acertada. Ocho días anduvo errante el celoso misionero por los montes, durante los cuales, concluida la provision que traía para el

viaje, no tuvo más alimento que las raíces de los árboles y las yerbas y frutas silvestres que presentaba la montaña, ni otro reposo que trepar sobre los árboles más altos y dormir en sus ramas, para no ser devorado por los osos y los tigres. Al fin encontró el valle del Caquetá, pero debilitado sumamente por un viaje de quince días, hecho á pié y sin alimento, espiró la misma noche de su arribo, sin haber tenido el consuelo de ver á su compañero en aquella tarea apostólica que residía en otro lugar distante de allí un día de camino.

Cuando los diarios rojos de la Nueva Granada pedían á voz en cuello la expulsión de los jesuitas del territorio de la república, porque á su modo de ver eran perjudiciales á los intereses de la sociedad, distinguieron alguna vez al jesuita antiguo del moderno, y mientras concedían á aquel ciencia profunda, piedad, celo y virtudes evangélicas, nada encontraban de bueno en el segundo, ni nada que no fuera fanatismo, simulación y pericia suma en el arte de intrigar. Esta distinción singular queda refutada reflexionando que son los votos, que es su conciencia lo que constituye al jesuita, y esto mismo lo que une estrechamente á cada individuo de la Compañía al cuerpo de su congregación. Los votos con que se consagraron á Dios los primeros jesuitas son los mismos con que hoy se consagran los que entran en la Compañía. El jesuita que vive en Asia ha hecho los mismos votos que el que vive en la América, tanto al uno como al otro obligan las mismas leyes y ambos tienen la misma idea de los deberes que aquellas imponen á su conciencia. No es la sotana, ni es el nombre lo que cons-

tituye al jesuita, es su profesion, y esta ni varia ni decae, animada como está por un espíritu inmortal. En el Oriente, en el siglo diez y seis, un jesuita penetraba en la India oriental y visitaba los puertos del Japon; treinta y tres reyes abrazaron el cristianismo como fruto de su ardiente celo, y á mas de un millon llegaron sus convertidos indios y japoneses. Cuando se proponia penetrar en la Gran China, murió en la costa de Malabar sin mas compañía que la de sus neófitos y sin otro consuelo que los de su fe. Fué este el gran Francisco Javier en quien se ve al jesuita formado en el modelo de San Ignacio de Loyola, padre y fundador de la Compañía de Jesus. Humanamente hablando, y sin fijarnos en lo extraordinario que no es dado al hombre imitar, ese espíritu que animó al esforzado apóstol del Oriente animó en el Occidente á Claver, á Valdivia, á Paez, á Anchieta, á Venegas, á Garcia y á tantos otros jesuitas cuyas hazañas gloriosas para la fe no pueden leerse sin asombro y edificacion al mismo tiempo. Y sin ir mas léjos, en ese sacerdote que intrépido penetra en una selva desconocida, que catequiza tribus numerosas, que emprende á pié viajes dilatados y que errante busca en la montaña el rumbo que ha perdido; en ese jesuita moderno que muere de cansancio y de fatiga en una choza solitaria construida por él mismo en las márgenes del Caquetá y cerca de las tolderías de los salvajes que trataba de evangelizar, ¿no vemos el mismo espíritu, la misma abnegacion, la virtud misma que en Javier que profesó el instituto de la Compañía uno de los primeros y en las manos de su santo fundador? Y no

son el celo, la constancia y la abnegacion del P. Lainez virtudes de un individuo ni hechos aislados de aquellos que hermocean solamente al héroe que los acaba; no, esos rasgos hermosísimos en que vemos de relieve los distintivos mas santos y admirables del apostolado católico, los encontraremos hoy mismo en otros jesuitas que evangelizan entre los cabezas chatas y en las montañas pedregosas, entre los árabes de la Siria y del monte Libano y entre los indos y los chinos.

La expulsion de los jesuitas dejó de nuevo abandonadas las misiones del Caquetá como están las del Chocó y las de Casanare. En esta region se encuentran aun muchos vestigios del celo con que en otro tiempo se trabajó por la conversion y civilizacion de los naturales. Existen templos arruinados, casas religiosas deshechas y cimientos de pueblos cuyos moradores se agruparon un día para oír la explicacion que les hacian los sacerdotes católicos de las verdades de la fe cristiana. Todo esto existe, repetimos, pero confundido con el polvo de que fué hecho, y casi sepultado en la tierra que lo cubrirá en breve haciéndolo desaparecer completamente. Los que han querido civilizar á los habitantes del Caquetá y de Casanare sin emplear el « elemento jesuitico, » nada han hecho ni nada harán para proteger á esos millares de granadinos que piden luz y verdad; al contrario, esos que con fanatismo predicán dia por dia lo que ellos llaman « el principio de la civilizacion y del progreso, » son los mismos que arrojando á la Compañía del territorio neo-granadino quitaron á los indígenas hasta la mas remota esperanza de ser miem-

bros de la sociedad cristiana y ciudadanos útiles á su patria.

Me encontraba al pié de la cordillera y un fuerte temporal me hizo demorarme en Totoró, pueblo miserable situado á la subida de la montaña. Vi entónces á los indigenas agruparse en la iglesia en rededor del fiscal, que levantando la voz comenzó á recitar las oraciones y continuó en este ejercicio hasta que la misa hubo concluido.

La lluvia habia hecho difícil la subida de la cordillera; nuestros caballos resbalaban en las pendientes unas veces, y otras quedaban sumergidos hasta los pechos en profundos lodazales, y con indecible trabajo llegamos á duras penas al primer *tambo* de Huanacas, llamado Gabriel Lopez. Una gran ramada, sostenida por pilares, sin muros, sin terraplen y sin defensa alguna contra los fuertes vientos de Levante, era toda la comodidad que nos ofrecia aquella posada. Agréguese que la fuerte lluvia la habia inundado en casi toda su extension, que las vacas y los caballos que allí acostumbraban refugiarse en los fuertes temporales habian convertido en fango todo su pavimento y que los lugares ménos húmedos que en este se encontraban estaban ocupados por un número considerable de cargueros llegados ántes que nosotros y se tendrá idea de aquel alojamiento. Ni son mas aventajados los demas *tambos* que están situados en otros lugares del tránsito de la misma cordillera; al contrario, una circunstancia hay que hace ménos odioso el que acabamos de describir, y es que en aquellos continuamente tienen que luchar los hombres con poderosos enemigos que ponen en peligro su vida. El frio intenso

que produce el viento que reina en aquella elevacion, la falta absoluta de recursos de cualquier género que sean, los furiosos temporales que continuamente allí suceden, y, en fin, los tigres y leones que combaten perseverantes en aquellos páramos desiertos contra la vida del caminante. En Mercaderes, en Sobretanas y en Corrales se ven hileras de sepulcros donde el viajero que llegó agobiado de fatiga tuvo que tomarse una nueva para cumplir el deber penoso de sepultar al que llegó poco ántes. Esos sepulcros están tambien dentro de los mismos *tambos*; el horror que naturalmente aleja al hombre de los muertos me hacia buscar en aquellos alojamientos el sitio mas distante de las sepulturas; mas mis diligencias no fueron siempre eficaces. A Corrales llegamos tarde: no habia otra luz que la confusa y envuelta en infinito humo que esparcian las fogatas encendidas para alejar á los tigres. Cerca de una de aquellas me recosté sobre mi montura, y cuando la claridad del dia dejó ver los objetos distintamente, vi con sorpresa que habia pasado la noche ; sobre la fosa de un difunto !

Los indigenas que nos acompañaban me señalaron en el llano de Huanacas, lugar el mas alto de aquella cordillera, un lago de bastante extension. Segun ellos « sus aguas eran agitadas por una serpiente que habita las concavidades, » la que, añadian, haber sido vista, cual decia que por su padre, cual que por su amigo y cual tambien que por su hermano. Yo no veía esa serpiente poderosa para conmovier aquel gran volúmen de aguas, y horrible para causar espanto en los pasajeros que la divisan ; pero tenia delante de mi vista los efectos de otra víbora mucho mas

mortífera y terrible que la que suponen conmoviendo las aguas del Huanacas: el mal gobierno que abandona los intereses de los pueblos hasta el extremo de mantener los caminos de la manera que hemos indicado, de olvidar al caminante exponiéndole á la muerte, esa es la verdadera serpiente que se alimenta con la sustancia de los pueblos. En el camino mas público de la Nueva Granada, en el que une los Estados del Sur con la capital de la república, no hay policía de ninguna especie: los indios de las parroquias vecinas son los únicos encargados de su conservacion, y no es de admirar por consiguiente ver que ninguna mano se mueva para reparar los deterioros que en ellos el tiempo causa. Sí me admiraba observar que los pobres indígenas que con su fatiga ejecutan las únicas reparaciones que se hacen en los caminos de la Nueva Granada, fuesen los mismos que pagan impuestos por los frutos que introducen por esos caminos que ellos compusieron con sus fatigas y su constante trabajo. ¡El mundo ofrece en su seno tantas injusticias de esta clase! En fin, despues de atravesar en tres dias las elevadas cordilleras, y pasar por mil precipicios, desfiladeros y torrentes llegamos á Inzá, pueblo pintoresco, edificado al pié de la cordillera y que parece brotar de las selvas que le perfuman con el olor delicioso del bálsamo y del cinamomo. Pero Inzá no ofrece sino ignorancia y miseria, sin que el espectáculo alarmante de estos vicios sea capaz de excitar á la autoridad encargada de prevenir y remediar los males que acarrear á la sociedad. Bastantes ocasiones tuve que experimentar los efectos de aquella ignorancia, y no olvidaré jamas que el mismo dia que dejé á Inzá donde nada

encontré, ni nada existe para ilustrar á los ciudadanos en sus deberes, despues de haber marchado diez horas, llegando á Patico nada quiso venderme el dueño de casa de lo que necesitaba para la vida. Era hombre rico, su casa abundaba de carneros y gallinas, de plátanos y chirimoyas; y sin embargo protestó que nada habia para nosotros! Cuando al siguiente dia celebraba yo la misa antes de partir, este mismo hombre colocaba á Santa Rita sobre el altar y me pedia le rogase que hiciera parecer unas mulas que habia perdido. ¡Ved ahí la falsa devocion que no tiene su base en la caridad y que enciende luces á los santos, miéntras deja á los vivos pereciendo de necesidad! ¡Hé ahí, decimos, las consecuencias de la ignorancia y de la miseria!

